

Pablo A. Pozzi

Historias de «perros»

Entrevistas a militantes del PRT-ERP



Pablo A. Pozzi

Historias de «perros»

Entrevistas a militantes del PRT-ERP



COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA
Dirigida por Alejandro Falco

Pablo A. Pozzi

Historias de «perros». Entrevistas a militantes del PRT-ERP. 1a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2012.

416 p. 22x15 cm

ISBN 978-950-793-126-0

1. Historia Política Argentina. I. Título.

CDD 320.982

Fecha de catalogación: 07/12/2011

©2012, Pablo A. Pozzi

©2012, Ediciones Imago Mundi

Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36, CABA

email: info@imagomundi.com.ar

website: www.imagomundi.com.ar

Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con \LaTeX 2_ε

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2012 en Gráfica San Martín, Pueyrredón 2130, San Martín, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Índice general

Estudio preliminar	1
«El problema del PRT era que había una visión colectiva inadecuada». Entrevistas a Humberto Tumini	21
«La acción política es llegar a torcer el destino y la palabra de los hombres». Entrevista a «Tito»	133
«Faltaría hacerlo mejor». Entrevista a «Zurdo»	183
«¿Cuál es la mejor arma que tiene la gente en las manos? La conciencia». Entrevista a Lucy y Brígida	231
«Los compañeros más conscientes que yo me decían que me fuera al carajo». Entrevista a «Chinche»	285
«Una mística de una política vertical». Entrevista a «Pichi»	321
«Yo creo que la historia por venir va a demostrar que eso fue un escaloncito más en el proceso histórico del país». Entrevista a Hugo	343
«Yo soy peronista, la adoraba a Evita». Entrevista a Elsa	359
Apéndice	
Breve síntesis de la historia del PRT-ERP	397
Bibliografía	407

Estudio preliminar

Hablando con el PRT

Terminé de escribir un libro sobre el PRT-ERP hace ya casi doce años. Ese libro fue, para mí, importante porque era una forma de responder preguntas que yo tenía y de saldar algunas cuentas con mi pasado. Una vez escrito el libro nunca pensé volver al tema. No era, ni es mi intención, convertir esto en «mí» tema. Es más, terminé de escribir el libro y me dediqué a otros proyectos. Sin embargo, de alguna forma hay temas que por más que les rehuyas siempre regresan.

En este caso mi intención no es continuar con la pesquisa, si no simplemente recopilar algunas de las entrevistas realizadas para aquella primera investigación, y permitir que estas «hablen» por sí mismas. Como corresponde, una entrevista no es una forma de transmisión del entrevistado, si no que es una construcción entre entrevistador y entrevistado. Este último responde dentro de los límites que imponen las preguntas y la «autoridad» del investigador. Asimismo, entre ambos hay una relación de tensión, de tira y afloje, donde lo que se quiere decir, lo que se dice y lo que se entiende y lo que se pregunta a partir de eso nunca es realmente ni lo que pasó ni el cómo se lo recuerda. Simplemente es una forma de evocar y de transmitir memorias.

Originalmente realicé más de cien entrevistas con guerrilleros, vecinos, militantes de otras organizaciones e, inclusive, con «enemigos». Como es de imaginarse ese conjunto de entrevistas es muy heterogéneo. Algunas fueron simples; el entrevistador y el entrevistado dialogaron en condiciones óptimas y surgió una empatía que hizo la entrevista fluida y profunda. En otras, la entrevista se asemejó a un campo de batalla donde ambas partes chocaban sin entenderse. Las hubo complejas donde el entrevistado decidió, durante el transcurso, que no quería brindar testimonio y ponía fin a la reunión; o dónde los recuerdos eran tan duros que daban lugar a llantos, rabias, enojos, y sentimientos que habían estado escondidos durante años. Y también hubo entrevistas donde el entrevistado murió entre una sesión y otra. Por mi parte, a veces logré cumplir mi función adecuadamente y otras fracasé miserablemente. En algunas el antagonismo fue tan grande que nos peleamos y la entrevista tuvo que ser abandonada. En otras no logré aproximarme a una comprensión del

entrevistado y por ende la entrevista fue muy pero muy pobre. A veces el cansancio y las emociones limitaban mi desempeño, en otras era difícil impedir que la empatía no se convirtiera en simpatía y desvirtuara la entrevista. La mayoría de mis entrevistados hicieron ingentes esfuerzos por hacerme entender lo que habían vivido, por responder a mis inquietudes, y por comprender lo que, muchos recién entonces, descubrían como su protagonismo e importancia histórica. En este sentido pocos trataron de mentirme expresamente, y aquellas «mentiras» fueron más por omisión que otra cosa. También hubo cosas que los entrevistados insistían como verdad fehaciente, que eran tal cual ellos las recordaban, aún cuando no las hubieran vivido y se pudiera comprobar que no eran ciertas.

De todas maneras, en las entrevistas surgieron una cantidad de cuestiones. Una de ellas fue que estas no relataban cómo había sido el PRT-ERP, sino que trataban de recordar desde el hoy, y con la ventaja/desventaja de los años lo que, para ellos, había sido. La otra es que, a pesar de los errores y problemas, del pasar del tiempo y de los años, de los problemas de la memoria y de la mistificación de la historia, en todas las entrevistas había rastros de lo que fue y de lo que sintieron.

A mí me interesaba rastrear «cómo fueron las cosas», o sea cómo la vivió el militante común, para desde ahí visualizar al conjunto de la organización. Esta «historia desde abajo», era compleja y distinta de las percepciones comunes. No me interesaba si «la línea fue correcta», sino por qué había tenido éxito o fracasos, y cómo la había vivido/entendido el militante común. Yo creo que el éxito, o fracaso, de una organización se debe a cómo una línea determinada se articula con la militancia y con la sociedad. O sea, a cómo un activista entiende y aplica una orientación determinada, y a cómo esa orientación tiene que ver con necesidades sociales. En síntesis, lo correcto de una línea se determina no por su relación con los clásicos del marxismo, sino por su éxito en la construcción política y social. Según esta percepción el PRT-ERP fue exitoso en un período determinado y un fracaso en otro. El porqué de estos resultados políticos debería buscarse no en discusiones teleológicas, sino en el cómo los militantes entendían, aplicaban, y construían en la realidad siempre cambiante de la sociedad. Y para aproximarnos a esto lo determinante es investigar en torno a la subjetividad militante y de la organización. Las entrevistas presentan una ventana fundamental a esa subjetividad.

Aquí presento ocho entrevistas seleccionadas entre el conjunto. Dos de ellas han sido publicadas previamente, en ediciones difíciles de obtener. Las presento con los errores y virtudes del entrevistador porque me parece importante que en la construcción de una entrevista se puedan

visualizar los prejuicios, límites y las imposiciones que trae el investigador a su tarea. Si el eje de la investigación es la subjetividad, entonces la propia subjetividad de la construcción de las fuentes debería ser explicitada. Todas fueron seleccionadas no tanto por que estuvieran bien hechas, sino porque a pesar del entrevistador, lo que transmitían los entrevistados tenía una relevancia más allá del tema de la lucha armada y del PRT-ERP.

Esto último es central. Ya he explicado en otros escritos que para mí la historia del PRT-ERP no era la historia de la guerrilla, si no que era la historia de la Argentina. El PRT presentaba un prisma particular a través del cual se podía ver y considerar un proceso histórico determinado más allá de los prejuicios y los mitos. Lo central era que la historia de la guerrilla, en sí misma, no pasa de una curiosidad anecdótica a menos que nos sirva para repensar la sociedad en general. El ERP, entonces, no era excepción, como pretenden tanto sus detractores como sus hagiógrafos. Al igual que las montoneras del siglo XIX, o los levantamientos radicales, o las huelgas bravas anarquistas o comunistas, o la violencia de la Resistencia Peronista, la guerrilla argentina era parte de un proceso histórico y como tal se convertía en algo central para entender este proceso no como algo armónico, sino como un movimiento conflictivo, como una guerra de clases.

En el libro aquel sobre el PRT-ERP, hecho hace ya más de una década, la interpretación fue mía, pero mucho de lo realizado y muchas de las ideas surgieron de entrevistas con distintos protagonistas de la época. La vasta mayoría de mis entrevistados fue gente común; yo no quise que la posición de liderazgo (ya sea en la guerrilla o en cualquier otro ámbito sociopolítico de la época) condicionara lo que se decía. Estos fueron protagonistas «desde abajo» y, excepto en un caso, solo hacia el final recopilé los testimonios de algunos miembros de dirección. Tuve una gran ventaja en las entrevistas. Todos los entrevistados eran «primerizos», o sea nadie había recopilado sus memorias previamente. Esto implicó una ventaja en cuanto a la frescura y cierta espontaneidad en la fuente construida, ya que ninguno había podido «armar» sus recuerdos para el entrevistador. Pero al mismo tiempo, implicaba que era más difícil organizarlos, evocarlos, y establecer una relación donde ambas partes lograban comprender qué deseaba el otro.

Los entrevistados son nueve individuos distintos. Incluyen a un viejo cuadro dirigente y fundador del PRT, como «Tito», cuadros de dirección como Tumini, cuadros medios como «Zurdo», militantes de base como «Chinche», «Hugo», «Brígida», «Lucy» y «Pichi», una activista de periferia «Elsa» o «contacto». Cada uno tiene su especificidad y da una idea de la complejidad del PRT-ERP y, sobre todo, de la sociedad que lo produjo.

Tanto Tito como Hugo dan una buena noción de quiénes se acercaron al PRT en ciudades del interior y por qué lo hicieron. Brígida, Lucy, Zurdo, Chinche y Pichi revelan la conexión entre el PRT y los trabajadores en general. Y Elsa revela el impacto de la guerrilla marxista más allá de su círculo de contacto inmediato. Al mismo tiempo, todas las entrevistas revelan las limitaciones de la propuesta guerrillera. Opté por organizarlas en orden de nivel en la organización. Así las entrevistas comienzan con los cuadros de dirección para terminar con la periferia.

La primera entrevista, con Humberto «el Pelado» Tumini, fue al inicio de la investigación sobre el PRT-ERP. Yo había entrevistado algunos militantes de base previamente, pero Tumini era el primer cuadro de dirección al que accedía. Es más, él no sólo era un viejo militante del PRT, sino que continuaba (y continúa al día de hoy) militando como dirigente de la Corriente Patria Libre y luego de Libres del Sur. En este sentido, la entrevista era sumamente compleja. Por un lado, la información (tanto los datos como las opiniones) que podía brindar eran importantes para la investigación. Por otro, Tumini era un viejo cuadro cuyo discurso estaba muy estructurado y cuya visión necesariamente debía estar muy influenciada por sus opiniones e intereses políticos presentes, además de que me temía que expresara «la historia oficial» partidaria. Asimismo, «el Pelado» era un canal de acceso y un aval para hablar con muchos otros posibles militantes.

Cuando nos reunimos por primera vez estaba bastante claro que el entrevistado tenía mucha disposición para colaborar en la construcción de su testimonio. Varias veces hizo comentarios respecto de que los viejos tupamaros uruguayos estaban haciendo su historia y que eso le parecía sumamente importante. Inclusive rescató el trabajo de Luis Mattini,¹ que acababa de ser publicado por primera vez, a pesar de señalar que tenía diferencias de interpretación. Así, quedaba muy claro que Tumini esperaba que la discusión fuera sobre todo política en un contrapunto constante entre sus recuerdos de época, su visión actual, y las discusiones que había tenido con sus compañeros tanto en la cárcel, como en Patria Libre.

Pero yo quería algo mucho más complejo. Me interesaba su visión y sus conclusiones, pero también quería algunos datos más duros, y sobre todo me interesaba tratar de aproximarme a la subjetividad del militante «setentista». En este sentido un discurso coherente y muy armado –o sea el que podía brindar con facilidad el viejo cuadro guerrillero– podía resultar absolutamente contraproducente. De ahí que opté por

1. Luis Mattini. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Contrapunto, 1990.

estructurar la entrevista a partir de la relación entre la vida, la política y la familia. Al mismo tiempo, quería articular algunos temas que sirvieran de disparador de la subjetividad poniendo en juego las opiniones del entrevistado. Así, mi idea inicial era tratar de cambiar el registro con periódicas referencias a la familia, o con temas delicados (y que podían ser tomados como provocaciones) como el del «culto a la muerte», y contrastando la opinión de Tumini con lo que escribían Mattini y otros autores sobre la militancia «setentista».

Del dicho al hecho hay mucho trecho, dice el refrán. A veces mi planificación salió bien y otras no tanto. Lo que fue surgiendo era el esfuerzo que Tumini hacía por comprender lo que yo buscaba, por hacerme entender su punto de vista, y por preservar la coherencia de su narración. Esta coherencia es central en su testimonio, puesto que en el mismo subyace un hilo conductor en el cual surge la identidad militante que ha forjado su vida. Su experiencia de vida es la de un militante revolucionario argentino y, sobre todo, cordobés. En este proceso de construcción, de tiras y aflojes, se fueron trazando ejes de la entrevista y de sus significados. Según Gerardo Necochea: «La marca del buen entrevistador (...) consiste en saber cuándo dejar correr el torrente del recuerdo y cuándo ceñirlo».² Para mí esto fue por demás difícil, sobre todo porque la tendencia era a tratar de ceñirlo más de la cuenta para intentar profundizar o aclarar ese discurso coherente y militante. Más aun, esto fue complejo porque varias veces, y muy civilizadamente, chocábamos en las interpretaciones o simplemente no nos entendíamos.

A pesar de lo anterior fueron surgiendo una cantidad de cuestiones que se convirtieron en ejes de la investigación posterior. Así el testimonio de Tumini revelaba y ponía en cuestión toda una serie de cosas en torno a la sociedad de la época. Por ejemplo, el hecho de que la politización y lo que se puede denominar la toma de conciencia, fueron más un proceso de sentimientos y de redes sociales (amistades) que ideológico o político en su sentido más común. De hecho, fue Tumini el que me hizo repensar temas como la cultura partidaria, la relación entre la sociedad en general y la guerrilla, la violencia endémica en la Argentina, o el tema de la composición social del PRT-ERP. Una de las cosas que quedaba clara en su testimonio es que Tumini no era excepción, o alguien particularmente exótico, en la sociedad argentina. Más bien, su vida era bastante típica y su acceso a la militancia también. Digamos: la militancia era una extensión natural de las inquietudes y de la realidad de amplios sectores sociales argentinos de la época.

2. Gerardo Necochea Gracia. *Después de vivir un siglo. Ensayos de historia oral*. México, DF: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005, pág. 60.

Por otro lado, al haber entrevistado a otros militantes previamente, también tenía noción que en el testimonio había datos que eran fehacientes y podían ser cotejados con la documentación disponible. Pero también, que había fuertes diferencias de interpretación como por ejemplo en cuanto a la calidad del desarrollo del PRT-ERP en el Noreste argentino. Tanto unos como otros eran sumamente útiles para comenzar a forjar una interpretación propia.

Por último, fue en esta entrevista que elegí un método que guiaría todas mis entrevistas posteriores: el de darle a todas un final abierto. Este final tuvo dos ejes. El primero era preguntarle qué era el socialismo para él. Y segundo, solicitarle que hiciera un balance del por qué de la derrota del PRT, a partir de las interpretaciones de otros protagonistas.

A diferencia de la anterior, la entrevista con Tito fue mucho más compleja. Él accedió a la entrevista porque un grupo de antiguas militantes del PRT-ERP le pidieron que me contara «lo suyo». Así la entrevista resultó mucho más cortada y «dura» que otras. Tito era un «viejo», de los históricos, forjado en la tradición de la clandestinidad. Yo trataba, sin mucho éxito, de traspasar la barrera de la desconfianza; pero, al transcurrir la entrevista, se fue abriendo poco a poco y los recuerdos surgían mezclados con los sinsabores de la derrota y de la vida posterior, para brindar una entrevista riquísima. Tito participó en toda de la historia del PRT, excepto el exilio: fue activista universitario; militante de Palabra Obrera; fundador del PRT, participante de su Primer Congreso y miembro de su Comité Central; fue liberado en el Devotazo; conoció a muchos de los cuadros históricos de la guerrilla argentina. Con esa trayectoria yo esperaba que su entrevista fuera casi un «informe político», y sin embargo, sin perder esa característica política y militante, Tito me contó su vida en una forma muy humana. Y lo más importante es que su humanidad, sus dolores y satisfacciones, y las lecciones que fue desplegando lentamente, sugieren explicaciones sobre el PRT, sobre la militancia y sobre la sociedad argentina de esa época.

A mí me fascinaron varias cosas de esta entrevista. La primera fue cómo las tradiciones, relaciones sociales, y la cultura común de una ciudad mediana como San Nicolás, habían producido tantos militantes para distintas organizaciones. Uno de los factores que emergieron es la transmisión de tradiciones políticas de una generación a otra. Esto se repetiría en otras entrevistas y dio pie a repensar cómo se produce la politización de un individuo. Al mismo tiempo, si bien la izquierda puede aparentar no tener un peso o una importancia, era evidente por lo que me contaban, que toda una serie de nociones y conceptos izquierdistas se habían incrustado en el «sentimiento común» de los argentinos. Esto dio pie a recurrir a los conceptos de Raymond Williams en torno a

«estructuras de sentimiento» que aún hoy me parecen los más adecuados para aproximarnos a una explicación. Parafraseando los conceptos de E. P. Thompson, la experiencia de la guerra de clases en el interior argentino marcaba estructuras de sentimiento que en momentos históricos concretos, llevaba a un desarrollo de la conciencia revolucionaria y al compromiso militante.

Otro elemento es la sensación, que Tito repite una y otra vez, de «asfixia» o sea de falta de estímulo. Es evidente que en las dos décadas anteriores a la militancia de Tito, San Nicolás había estado cambiando. Él habla de la radicación de la gran empresa metalúrgica SOMISA, pero también es de notar que cada vez más hijos de familias nicoleñas iban a la universidad. Asimismo, los pueblos y ciudades del interior argentino estaban sufriendo las consecuencias de rápidos cambios socioeconómicos. Dice Tito en un momento de la entrevista: «a esto mi viejo ya no tenía plata». Esto debe haber sido por lo menos complicado para un muchacho que está creciendo en una ciudad tradicional. Es más, él señala que en San Nicolás «la batuta estaba en una especie de... oligarquía, si querés decir, medio intelectual, profesionales y de grandes comerciantes, que generaba un ambiente muy asfixiante para los que no eran de ese círculo...». Lo que queda más que claro es que Tito no era «de ese círculo». He aquí una posible explicación a la pregunta de por qué tantos nicoleños fueron militantes guerrilleros: las mayores expectativas de sectores medios juveniles con una realidad social descendente en un medio conservador, tradicional y fuertemente clasista, lleva a la politización. Al decir de Tito, cuando se refiere a otro nicoleño: «Se ve que él sufría el mismo disconformismo [sic] y la asfixia que vivía yo». Otra pregunta es por qué este «disconformismo» se canalizó por la vía de las opciones revolucionarias de izquierda. Aquí también la pista la ofrece el mismo Tito: su vida transcurre en medio de grandes influencias culturales y políticas izquierdistas que van desde su padre, hasta el dramaturgo José María Paolantonio.

También me resultó interesante una cantidad de cuestiones de la vida del PRT y sus militantes. Tito trató de transmitirme una visión medida y cuidadosa, pero en la que se traducían críticas y una reflexión. ¿Cómo eran sus compañeros? Tito explica que, sobre todo de los primeros tiempos, «eran muy austeros, muy estudiosos, muy coherentes entre lo que decían y lo que hacían». Son palabras sencillas, que implican el cumplido más grande que Tito puede hacer ya que la coherencia es, una y otra vez, el parámetro de valía en su entrevista. No le gustan Nahuel Moreno o Sergio Domecq porque, para Tito, su vida no era coherente con lo que predicaban. Ahora, la aclaración «en los primeros tiempos»

implica que esto no fue siempre así y que el PRT fue modificando su «coherencia».

Tito es inusual en otro aspecto. Es una de las pocas entrevistas donde la descripción de la vida del militante incluye los costos y sacrificios de la militancia. En esto no hay que confundirse, Tito no es un arrepentido. En cambio expresa una especie de añoranza, de nostalgia, por una adolescencia más libre, menos sacrificada. Dice: «Porque yo tendría que haber sido un mujeriego de primera línea. Que después cuando me libero, sintiendo de todo, me encantan las mujeres, me enamoro, me gustan las putas». Al decir esto, Tito me señalaba el costo personal que había pagado como militante. Pero también él estableció que había cambiado. Al decir «cuando me libero, sintiendo de todo» está aclarando que una cosa es no estar arrepentido y otra muy distinta no darse cuenta que la militancia fue una experiencia también opresiva.

En lo político Tito también es excepcional y muy complejo. Es el único de los cuadros históricos que entrevisté que me aclaraba permanentemente que no se sentía a la altura de las circunstancias. Dice: «acepto todo eso, sin una gran comprensión, sin tener la idea de la guerra (...)». Y más adelante aclara que sus opciones eran más intuitivas que conscientes: «el trotskismo, yo no era pro comunista o pro soviético. Me gustaba mucho la figura triunfante de Fidel y del Che... Entonces, el primero que me brinda elementos más coherentes, sobre el tema del trotskismo, sobre el tema de la URSS, fue el trotskismo». De ahí relata que es «forzado» a estar en puestos de responsabilidad aunque «el sayo le queda grande». Por ejemplo, cuando el ataque al Comando de Sanidad Tito era «responsable» regional: «yo estaba en la regional sin comerla ni beberla, no conocía Buenos Aires, no comprendía».

Todo esto es importante e ilustrativo. Por un lado, Tito se revela como un entrevistado (quizás el único) que tiene una gran conciencia de sus limitaciones políticas y de su formación. Esto tiene a su vez la ventaja de plantear que él fue un protagonista histórico a pesar (o quizás debido a) de ser una persona común, sin una formación especial. Pero también esto le permite apuntar a una explicación de por qué la derrota de la guerrilla. No creo que él diría que no debieron haber comenzado la guerrilla, sino más bien dice que fueron demasiado apresurados, que nunca hubo tiempo como para asentar lecciones, formar cuadros, aprender de los errores. Así su entrevista se encuentra salpicada de críticas implícitas y explícitas: tal compañero hizo desastres, fulano estaba de responsable, a Tito lo pusieron cuando no estaba a la altura, éramos pocos, no comprendíamos. Lo interesante es que en las críticas no se excluye, sino que él es parte de la historia, de las virtudes y de los errores del PRT. De esta manera establece un parámetro de verdad: si él admite

sus limitaciones, entonces sus juicios sobre otros compañeros también son creíbles. Por ende su conclusión final es reveladora: «las masas no estaban maduras y la militancia y la dirigencia tenía una poca trayectoria, como para saber dirigirla». Debería quedar claro que el problema no fueron «las masas» (o en todo caso no eran únicamente las masas) sino que era Tito y el PRT que no comprendieron que «no estaban maduras» y no ajustaron su política a esa realidad. ¿Por qué no lo hicieron? Por que «la dirigencia tenía poca trayectoria». ¿Cómo lo sabemos? Porque Tito fue parte de esa dirigencia y su balance es que él mismo «no estaba a la altura».

Muy distinta a la anterior fue la entrevista con Brígida y Lucy, dos mujeres obreras, madre e hija, oriundas de Salta y miembros del PRT-ERP. Esta provincia fue organizada tempranamente por el FRIP de los hermanos Santucho, sobre todo por Francisco René, contando con adherentes entre los docentes secundarios de Metán y los trabajadores de varios pueblos de la provincia. Un ejemplo de esto fue Raúl «Peteco» Rizzo Patrón, un santiagueño que se había ido a trabajar como maestro a Metán en Salta.³ En 1971 Rizzo Patrón fue capturado y la zona perdió la conexión con el PRT-ERP a nivel nacional. Al decir de un entrevistado: «nosotros hicimos una política de entrismo en el peronismo. Nos fuimos a la Juventud Peronista. Porque todos los compañeros estábamos en banda (...) Organizamos, por ejemplo, los campeonatos de Evita [... Y como PRT] organizábamos las células y leíamos y estudiábamos, organizábamos por frente».⁴

El testimonio de Brígida y Lucy habla por sí mismo, sin embargo debemos señalar algunos aspectos en función de intentar una aproximación al fenómeno histórico y social que generó a la guerrilla en la Argentina. El primer aspecto que debe ser destacado es que si bien la extracción social es muy humilde, ambas se expresan con seguridad y bastante precisión en el lenguaje. Una cosa notable es que en el testimonio abundan las referencias históricas y políticas. En particular, Brígida hace grandes esfuerzos por precisar cronológicamente los momentos de su vida. Claramente es una mujer muy particular y ella, quizás inadvertidamente, se encarga de señalarlo una y otra vez: es Brígida la que se pone al frente de las reivindicaciones de sus compañeras obreras y enfrenta la explotación y el machismo de los patrones. Si bien ella insiste

3. Testimonios de Manuel Castro (1ro de julio de 1995) y de «Nino» (17 de julio de 1995). «Nino» fue captado en Metán para el PRT-ERP por Rizzo Patrón. Véase también: Blanca Rina Santucho. *Nosotros, los Santucho*. Santiago del Estero: Editorial El Liberal, 1997, pág. 45.

4. Entrevista con «Nino», 17 de julio de 1995.

permanentemente que no les impuso sus criterios a sus hijas, también queda claro que Lucy se forja en el ejemplo y a la sombra de su madre.

Ambas dejan en claro que la militancia para ellas es algo meritorio y que los mejores seres humanos son los que militan. Así, por ejemplo, se refieren permanentemente a la hija mayor y hermana, como la más rebelde, la más inteligente, la más decidida, la que tiene más principios, y también la primera militante familiar del PRT-ERP. Como contraste el padre casi ni figura en la entrevista, excepto para justificar su ausencia por trabajo. Esto en parte es real – la desestructuración del núcleo familiar es uno de los subproductos de la sobreexplotación capitalista – pero también sirve para destacar aún más el papel de Brígida. Asimismo, sirve como explicación del destacado papel de la mujer en la familia. Más aun, es dable pensar que no es tanto que la sociedad obrera salteña era poco machista en la década del sesenta, sino que en el caso de la familia de Brígida y de Lucy este machismo se encontraba matizado y limitado por la realidad socioeconómica: en los hechos, la cabeza de familia era Brígida. Que esto no es impuesto ni deseable, para ellas, queda claro tanto en los esfuerzos que hacen por mantener unido el núcleo familiar, como por la insistencia de que se pueden reunir en casa pero «les pido que sean cautelosos y que hablen con él [marido] si llega en un momento».

Otro aspecto revelador es el manejo de la historia que tienen ambas entrevistadas. El conocimiento de la historia argentina y mundial les llega principalmente por transmisión oral. Son los tíos, sobre todo uno anarquista, los que cuentan y les «enseñan». Esta educación informal y autodidacta se ve complementada con la militancia de la izquierda en la zona (los que pasaban y dejaban volantes sobre el Che). Y esto se ve reforzado por una avidez de lectura que evidentemente se gesta en la transmisión oral del conocimiento histórico y a su vez lo promueve.

Por debajo de eso, lo que esa transmisión oral va conformando es una estructura de sentimiento, un sentido común, genéricamente clasista e izquierdista que va dando contexto y explicación a una vida durísima y muy explotada. Para Brígida, en particular, la lucha de clases no es un concepto teórico, es su vida. Esto es lo que transmite a Lucy no como ideología, sino como experiencia: los patronos son el enemigo; el peronismo es un engaño por que fue lo que ella vivió con su madre; y la religión es parte del sistema de explotación. Es a partir de su experiencia como obrera que Brígida y su familia desarrollaron una muy fuerte conciencia para sí. Sin embargo, Brígida insiste una y otra vez que «la política no me interesaba». Esto es notable, porque esta aseveración surge en general después de que esta relatara momentos álgidos de conflictividad en los cuales había sido una protagonista central.

Aquí surge nuevamente el problema de la cultura obrera de izquierda. Lo que planteaban Brígida y Lucy con respecto a su relación con «la política» es una muestra de ello. Según ellas no se discutía de política, aunque relatan numerosas anécdotas que demuestran lo contrario. Evidentemente, lo que sería pertinente es plantearse qué entendían los obreros argentinos, y estas trabajadoras en particular, por «política». Es válido recordar expresiones comunes tales como «a mí no me gusta la política, soy peronista». También debemos considerar que ambas entrevistadas ingresaron a militar en el PRT-ERP sin jamás cuestionarse si eso era político. Es factible pensar que, en la acepción de Brígida y de Lucy, «política» era la actividad que desarrollaban los partidos tradicionales como la UCR y el Justicialismo. Por lo tanto, parecería que era evidente, para obreras como estas, que las reivindicaciones clasistas, las demandas por mejores salarios y por la reducción del horario de trabajo, e inclusive la disputa por el poder en el punto de producción con la patronal (por ejemplo, el relato de Brígida sobre quién cuenta «las cañitas») no indicaba discutir sobre «política», sino que luchaban contra la opresión que la burguesía ejercía sobre ellas. Así, el accionar del PRT-ERP no parece haber sido considerado «político» en un sentido tradicional, sino más bien como un planteo «clasista» o sea «de los trabajadores». Esto resalta qué entendían por «política» estas obreras, ya que ellas entraron a una estructura partidaria en donde la política estaba presente en cada reunión. Una explicación a este problema quizás resida en que estas obreras relacionaban el discurso político del PRT-ERP con prácticas culturales naturalizadas en ellas. Esto acentuaría aún más la presencia de una cultura radicalizada que se enraizaba en una tradición familiar y una experiencia de vida más que con una cuestión de índole política e ideológica. Esto explicaría que la prédica radicalizada por los militantes o por la revista del PRT-ERP, *El Combatiente*, fuera bien recibida entre estas obreras ya que, por un lado, había necesidades básicas que llevaron a los trabajadores a luchar, pero también había una cultura que fermentó durante el transcurso del tiempo. De hecho, ambas demuestran ser muy politizadas, y en un sentido más completo, de lo que se podría suponer.

Esto nos lleva a considerar brevemente la entrevista desde el punto de vista de lo que sugiere sobre la aproximación de estas obreras a la militancia. Lucy insiste en que ella «seguía a los más grandes». Brígida, por su parte, lo presenta como producto de las reuniones que había en su casa. Ambas establecen que la militancia fue una cuestión familiar de «todos los hermanos». Así la imagen que emerge es que la incorporación a la militancia y al PRT-ERP fue algo natural, producto de la experiencia de vida y de la estructura de sentimiento forjada durante varias genera-

ciones de una familia obrera. Es a partir de esa experiencia que Brígida declara que sigue apoyando la lucha armada, para después hacer una dura crítica al militarismo de sus propios compañeros, e insiste que la mejor arma es la conciencia. Esto se ve reforzado por la insistencia de ambas de que los trabajadores de la zona veían a la guerrilla con simpatía y no la denunciaban, aunque al decir de una «no fueran comunistas». La implicancia es que si bien la conciencia de estos trabajadores había avanzado lo suficiente como para simpatizar con los revolucionarios, no lo había hecho tanto como para lanzarse a la lucha. Como establecen en la anécdota final, sobre la corrupción del señor Zurita, los guerrilleros canalizaban las reivindicaciones, se ponían al frente de la lucha, e intentaban generar conciencia. En este sentido lo que subyace a la entrevista es una construcción por la cual las entrevistadas entienden que había dos bandos: uno que apuntaba a mantener un mundo «peor», de explotación y miseria, y otro que pugnaba por un mundo «mejor» de realización y libertad. Lejos de la teoría de los «dos demonios» violentos que sobrevuelan a la sociedad argentina, las obreras y militantes Brígida y Lucy pugnaron (y en su entrevista aún pugnan) por generar una conciencia liberadora y revolucionaria en los trabajadores argentinos.

Yo accedí a Chinche a través de otro entrevistado, Zurdo, que me llevó a su casa y lo convenció que debía aceptar ser entrevistado. Esta fue una de las entrevistas más gratas y también más reveladoras que construí. Chinche se reveló como una persona pensante, reflexiva, orgullosa de su pasado y también autocrítica. Al igual que tantos otros trató de hacerme entender su realidad, y en ese proceso de permitirme acceder a su historia personal, pude comenzar a vislumbrar una gran cantidad de cosas sobre la relación entre los trabajadores argentinos y la guerrilla. Al igual que en el caso de Brígida y de Lucy, la suya era una visión «clasista» simplemente porque el «ser obrero» era su experiencia de vida.

Chinche fue un obrero de Villa Gobernador Gálvez en las afueras de Rosario. Esa zona, si bien es poco reconocida en las obras de historia, es central en la historia del peronismo. Fue uno de los lugares importantes de la Resistencia y es una zona netamente obrera. Al mismo tiempo, fue una zona donde el PRT-ERP tuvo un desarrollo muy importante. Al decir de Chinche «por lo menos en las manzanas que yo vivía, ponele que haya 25 casas, 10 eran de tipos vinculados al PRT que compraban el periódico, que hacían algún tipo de colaboración». Por un lado esto revela una inserción de masas notable. Al igual que en varios ingenios tucumanos, o en la ciudad de Córdoba, o en distintas barriadas del Conurbano bonaerense, los militantes del PRT eran parte del panorama local. Esto implica que su actividad contaba con el apoyo, resguardo y

discreción de la población. Por otro lado esta inserción no redujo en incorporaciones masivas y, al decir de Chinche, en 1975 inclusive se dio un «decrecimiento» de la organización en la zona. Él tiende, aún hoy, a justificar la retirada de algunos de sus compañeros por que «eran peronistas», con esto él quiere señalar que no tenían una clara conciencia revolucionaria. Esto es más notable porque lo que queda claro en lo que cuenta Chinche es que, visto desde el hoy, él coincide con varias de las críticas de aquellos que se retiraron.

Mucho más importante y sugerente es una cantidad de otras cuestiones que emergen de la entrevista con Chinche. Por un lado, como ya señalamos, queda claro que no parece haber habido un rechazo *a priori* para una propuesta guerrillera marxista. Que una zona con larga tradición peronista no haya rechazado de plano una organización marxista cuestiona, en la práctica, todas las interpretaciones centradas en el antagonismo entre peronismo y marxismo. Parece que los obreros argentinos, en vez de haber descartado al marxismo entre 1943 y 1948, realizaron una especie de sincretismo basado en la reivindicación como clase que hacían ambas tendencias. Posiblemente esto no sea así, pero lo que queda muy claro es que hay que desarrollar nuevas hipótesis y paradigmas explicativos que tomen en cuenta realidades como la de Villa Gobernador Gálvez y el PRT-ERP.

En consonancia con lo anterior, es sugerente pensar el problema planteado desde lo que nos brinda el mismo Chinche. Su trayectoria y tradiciones políticas (UCR, PDP, Juventud Católica y PRT-ERP) claramente estaban superpuestas con su ubicación como obrero, y como tal eran permanentemente resignificadas. Esto implica que su adhesión a tal o cual organización estaba supeditada a la utilidad de estas a lo que él reivindicaba como los intereses obreros, entendidos estos como un comportamiento solidario, de dignidad y compañerismo. Esto es revelado cuando señala que, si bien Gálvez era una zona peronista, Montoneros y la Juventud Peronista tenían peso por las «unidades básicas con gente de afuera». En cambio la inserción del PRT se debía a que había defendido y planteado los intereses de los trabajadores a partir del secuestro del gerente del frigorífico Swift, Stanley Sylvester. Él explica que «nosotros salimos beneficiados, porque teníamos frazadas a rolete, comida a montón. Y bueno, eso a mí me impactó mucho». Que eso le permitiera captar militantes en la zona, implicaba que el PRT no era más «de afuera». Esto contrasta fuertemente con su visión de Montoneros que, si bien eran peronistas, no comprendían la realidad de los trabajadores de la zona.

Al mismo tiempo, Chinche parece responder a la tipificación de aquellos que descalificaban a la guerrilla por organizar jóvenes. Su mi-

litancia en el PRT ocurre cuando tiene entre 15 y 17 años de edad. Sin embargo, lo notable es que su juventud no parece condecirse con la calidad de reflexión y con su compromiso político. Lejos de haber sido «manipulado» por sus mayores, Chinche llega al compromiso político por decisión propia y por experiencia de vida. Una vez más, según la entrevista, su opción por el PRT parece emerger como producto natural de su posicionamiento social como obrero. Esto no impide que reflexione sobre su militancia en forma autocrítica, como cuando señala que «estábamos convencidos de que los milicos eran imbéciles y que los íbamos a aplastar».

La entrevista de Chinche contrasta con la de Pichi, un obrero telefónico de Buenos Aires, cuya actividad fue principalmente sindical en uno de los gremios combativos y más politizados de la época. Al igual que en el caso de tantos otros, su politización y acercamiento a la guerrilla se da por tradición oral. Es el «obrero viejo» Pontoriero el que lo politiza y lo contacta con el PRT, a pesar de ser «maoísta». Aquí también el PRT y sectores trotskistas se destacan por haber tenido una inserción notable entre los telefónicos. Al decir de Pichi: «Tenía muchos delegados mucha fuerza. Porque [la lista gremial de izquierda] *Avanzada* se fue transformando en la unidad de la izquierda. Es la expresión de la unidad de la izquierda». Su incorporación a *Avanzada* y al PRT son presentados como un proceso lógico de sus inquietudes y combatividad como obrero.

Donde difiere es que Pichi relata, y señala, las contradicciones entre el accionar armado y el trabajo sindical que estaban desarrollando. Inclusive cuando relata la anécdota del tiro para amedrentar al jefe, señala que eran «cosas de inconsciente». Y de ahí pasa a señalar que, a diferencia de Chinche y el Swift, en telefónicos el accionar armado no era bien visto por que «era un gremio muy combativo». Aquí emergen las diferencias en la experiencia y en las tradiciones obreras donde los obreros de la carne y los telefónicos se relacionaban en formas distintas con la guerrilla. Aún así es notable que Pichi recuerde la solidaridad que recibió como preso político y del recibimiento de sus compañeros una vez en libertad. Es probable que esto se debiera no tanto al hecho de ser guerrillero, como a que los telefónicos «son una gran familia» y él era un obrero combativo y como tal, dentro de las tradiciones respetadas por sus pares.

El balance final de Pichi es importante por cuanto implica una cantidad de críticas a la política sindical de la guerrilla. Cuando dice que «sería muy cuidadoso de ciertas y determinadas cuestiones», está implicando que hay que respetar las tradiciones, la experiencia y la realidad de un sector obrero determinado. Al mismo tiempo, enuncia una crítica dura y doble. Señala que, en su consideración, les habían men-

tido haciéndolos pensar que tenían más fuerza de la que realmente tenían. Aclara que «para iniciar algo como lo que iniciaron los *montos* en su momento, el PRT, no se puede hacer con un segmento muy finito de la sociedad». En esto parece repetir la apreciación de Chinche sobre los militares.

Por su parte, Zurdo, un obrero metalúrgico rosarino, fue un cuadro medio del PRT-ERP cuya riquísima historia incluye su participación en el Comando Che Guevara, en la fuga de Trelew y en el asalto al Comando de Sanidad en 1973. Esto implica que Zurdo fue parte de la historia guerrillera argentina y también de muchos de sus protagonistas. Al mismo tiempo, el entrevistado fue preso político más de doce años. Una de las cosas más notables es que a pesar del largo período carcelario, esto apenas si aparece en su testimonio excepto como un aspecto más de su militancia.

En las tres entrevistas anteriores es interesante cómo se arma el relato y cómo hacen un gran esfuerzo para que el entrevistador comprenda los matices de su historia personal y política. El lenguaje es llano, claro y concreto, siempre remitiendo a ejemplos y referencias puntuales. En todos los casos la politización es un producto de una mezcla entre tradiciones familiares, experiencias obreras, y la transmisión por viejos militantes obreros. Al igual que en el caso de Brígida y de Lucy, su opción por la militancia es presentada como algo natural y no como un despertar. De hecho, no hay un antes y un después, sino que la política es una continuidad de la vida como obrero. En todos sus relatos parecería que la vida no dejó otra opción que el compromiso revolucionario.

Sin embargo había diferencias notables, sobre todo entre Zurdo y Chinche y Pichi. Zurdo fue un cuadro medio, y por ende tenía acceso y participación a niveles de decisión relativamente importantes. Eso implica un nivel de profundidad y autocrítica que no puede aparecer en los otros. Un buen ejemplo es cuando Zurdo relata la decisión de atacar el cuartel de Sanidad: reconoce que tenía dudas ya que estaba desarrollando un buen trabajo de masas, pero al mismo tiempo explica que no tenía capacidad para enunciarlas con claridad. Esto implica que, en su opinión la acción de Sanidad fue un error. Y también implica una valoración sobre su propia calidad como cuadro medio, cuya capacidad política era insuficiente para las exigencias del momento. De hecho uno de los aspectos más interesantes es que él estaba de acuerdo y eran los compañeros de base los que le señalaban la contradicción entre esto y sus planteos sobre la importancia del trabajo de masas.

Esto lo lleva a su balance final donde plantea que «el PRT no supo desarrollar nunca en la práctica una línea de masas que le permita saber desarrollar las cosas. En primer lugar no lo hizo porque no armó el

PRT políticamente a sus militantes como para lo que significa una guerra revolucionaria, desarrollar la revolución, creyendo todo el mundo que era una cosa lineal y facilista y militarista, cuando una revolución de las masas, y no la decisión de una u otra organización». En esto sintetiza lo que tratan de expresar los otros entrevistados obreros.

El caso de Hugo es distinto a los anteriores. Él fue uno de los entrevistados con los que me conectó Tumini, y que en ese momento desarrollaba una militancia política, que acordó ser entrevistado casi de inmediato. Fue una de las entrevistas más gratas que recuerdo, sobre todo por la alegría de Hugo para relatar su experiencia.

Oriundo de Río Cuarto, «una ciudad grande pero un pueblo chico», Hugo marca el impacto en su politización de hechos como el Cordobazo o la gesta del Che Guevara. Asimismo, y recordando la descripción que hizo Tito sobre San Nicolás, es notable cómo describe la sociedad riocuartense: como hipócrita, «ciudad de la apariencia» que resiente a «la negrada» del barrio Alberdi. Indudablemente es una visión clasista, fuertemente marcada por el hecho de que su familia «de un día para otro quedamos en la calle». Todo esto lo forja en una tradición y en una visión «antimilico y anticura ya desde la cuna».

Lo interesante de la entrevista de Hugo es que la ruptura clave que lleva a la politización es muy anterior al hecho en sí: o sea la bancarrota de la familia es algo que marca su visión desde un principio. Al mismo tiempo, la militancia es presentada como una extensión de la vida familiar. Esta vida familiar se ve inserta en la realidad de la época, donde se mezclaban el Cordobazo con la carrera de Indianápolis, las relaciones fraternales con los debates políticos, y donde el colegio de curas en un pueblo pequeño del interior no puede escapar a esa realidad que le llega desde todos lados. Al mismo tiempo, Hugo reproduce las redes de solidaridad y de amistad que van encadenando la aproximación a la militancia. Pero al mismo tiempo la opción de militancia es presentada como un producto racional, de análisis. Así un hermano elige militar en el Peronismo de Base porque «veía que la cosa pasaba desde una óptica marxista, por el peronismo». A pesar de esta racionalización es evidente que lo afectivo es central para reclutar adherentes. Así compañeros de colegio, amigos y familiares son acercados a la militancia. Si bien esto es real en casi cualquier lugar, la realidad es que cobra una dimensión particular en ciudades como Río Cuarto donde «todos nos conocemos». Esto implica que una de las cosas notables es la cantidad de gente relativamente numerosa que se acercó a la guerrilla en una ciudad como Río Cuarto.

Al igual que con los otros entrevistados Hugo se muestra como una persona dispuesta a hacer un balance más de fondo. Así el PB desarrolla

mejor trabajo que el PRT en Río Cuarto, o él no puede diferenciar entre PRT y ERP, o la organización tiene fuertes valores morales «aunque sé que no ha sido igual en todos lados». Pero lo más impactante, e interesante desde el punto de vista analítico, es su relato sobre el problema del «filtro». El relato de Hugo revela las tensiones y la solidez de vínculo orgánico ante un caso de infiltración. Relata Hugo que «había un changuito que era de mi edad, un año más grande, que era bien humilde y que yo lo apreciaba mucho. Y resultó ser un filtro. Eso a mí me destrozó por qué yo no me lo imaginaba al guaso este, con todo lo que habíamos compartido y todo, que fuera realmente un filtro». Aquí, aún años más tarde, el entrevistado reacciona como cualquiera ante un caso de «traición» cerrando filas junto a la organización. Pero los vínculos generados por los lazos culturales de alguien que se identificaba con los «humildes» y «la negrada», y que lo había llevado a la militancia guerrillera, aún se pueden vislumbrar en el testimonio. El comentario «un changuito bien humilde» con el que se había «compartido todo» demuestra que el «filtro» estaba dentro de los parámetros culturales positivos aceptados por el entrevistado. De ahí que Hugo «no podía creer» que fuera un infiltrado, con la consiguiente amenaza a la confianza de este en la organización. Sin embargo, opta por creerle a la organización y termina reconstruyendo los vínculos planteando que «era el único». Aquí lo importante no es si el «changuito» era un infiltrado o no, sino más bien que el PRT no ejerce coerción sobre Hugo para aceptar su decisión. Él opta por mantenerse dentro de los parámetros partidarios, porque si no acepta la opinión orgánica, entonces debe alejarse del Partido. Su decisión no es difícil, aunque aún años más tarde le siga llamando la atención (lo cual implica que duda hoy y dudó en su momento sobre lo acertado de la acusación). Lo que emerge es que el PRT-ERP logró forjar una serie de características culturales que cohesionaban a sus miembros en forma rápida. Estas características culturales, analizadas en otra obra,⁵ forjaron un fuerte vínculo entre los miembros del PRT-ERP, generando lealtades difíciles de quebrar a pesar del carácter brutal de la represión. ¿Era el changuito un filtro? No lo sabremos nunca a ciencia cierta. Lo que sí sabemos es que la decisión de Hugo en su momento y tiempo, fue creerle al Partido.

Por último, Elsa permite cotejar y visualizar los problemas de la propuesta guerrillera más allá de la militancia inmediata. La entrevista ocurrió porque un grupo de antiguas militantes del PRT y presas políticas sugirieron que la entrevistara. Fue una entrevista muy compleja.

5. Pablo A. Pozzi. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: EUDEBA, 2001.

Primero porque yo no tenía mucha idea de qué era lo que Elsa podía aportar y qué le podía yo preguntar. Así fue que recurrí a la historia de vida para ir viendo cómo ella desarrollaba su propia historia política. Y segundo, porque las respuestas de Elsa eran muy cortadas, mientras ella trataba de evocar sus recuerdos, de entender lo que yo quería, y de darme respuestas coherentes y más o menos «exactas». La entrevista, entonces, estuvo plagada de oraciones incompletas, de muletillas. Y en esto yo cometía errores, como por ejemplo la cortaba, hacía una pregunta nueva sin dejarla terminar su respuesta a la anterior. A pesar de los déficit del entrevistador, la historia de Elsa fue muy reveladora.

Lo más interesante de su planteo es que si bien ella admiraba a la guerrilla y «soñaba» con contactarse que los militantes en la zona nunca la organizaron formalmente. Ella «descubre» su vínculo con el PRT-ERP una vez en la cárcel. Al mismo tiempo, como ella señala, «no sabía diferenciar entre... Sabía que había una cosa y otra. Por eso cuando vos me decís por qué yo sabía del PRT o de la M y te digo por la forma de actuar, ese es un análisis posterior, pero en ese momento yo no enganchaba muy bien».

Aquí hay un elemento importante. Para los militares represores la actividad de Elsa era de hecho «subversiva» y como tal tenía que ser parte de una organización. Dado que el secretario general de su gremio provincial era del PRT, lo lógico les decía que ella también debía serlo. Si bien en esto estaban equivocados, la realidad es que Elsa llevaba adelante una tarea como activista cuyos criterios eran similares a los que impulsaba el PRT en la zona. Estos criterios se forjaban en las largas charlas con Morel donde se evidenciaba la adhesión de Elsa a una propuesta de cambio social. Esta adhesión era producto de muchas cosas. Una, claramente, eran los criterios de vida, y el «sentido común» de justicia que le había transmitido su padre. Otra era la realidad social que ella vivió como maestra rural, y el duro choque con la realidad clasista del mundo judicial. Su admiración por el militante Morel es producto tanto de las cualidades personales de este, como del hecho que él expresaba tanto una continuidad de los criterios paternos como un cuestionamiento de fondo a las injusticias de la zona. Esto queda claro cuando Elsa repite una y otra vez distintos ejemplos de su lucha contra diversas injusticias, o cuando relata su desencanto con el peronismo.

Al mismo tiempo, Elsa también revela un problema para el PRT. Ella no logra diferenciar entre una organización y otra. Esto es algo que se repitió en muchas de mis entrevistas con personas no militantes. Existía un grado de admiración por la guerrilla pero no una claridad en términos de las diferencias entre sus propuestas. Así, la simpatía rara vez se convirtió en adhesión o compromiso militante en grandes sectores de la

población. Como bien señala ella, cuando el miedo logró instalarse mucha gente optó por retraerse sin lograr una explicación más acabada de la situación. Un ejemplo de esto es cuando ella relata las consecuencias del asalto por los Montoneros al cuartel de Formosa.

El porqué los militantes del PRT deciden no organizarla partidariamente es algo sobre lo que solo podemos especular. Para Elsa es probable que ellos consideraran que era más útil donde estaba. Otra posibilidad es que consideraran que Elsa era difícil de encuadrar. Tanto su peronismo inicial, como su indiferenciación entre organizaciones podían dar la impresión de que su compromiso era menor. Al mismo tiempo, Elsa era una «discutidora», como revela la anécdota del «sanguche», siempre dispuesta a llevar adelante y aplicar sus propios criterios. Estos eran muy prácticos y concretos derivados de la experiencia de vida. En eso podían chocar con los criterios más cerrados de los militantes orgánicos.

Lo central en la entrevista con Elsa es que su politización tiene que ver tanto con su experiencia concreta, como por el cariño que tiene por compañeros como Pedro Morel. Ella se preocupa en señalar reiteradas veces que su visión y evolución política se forja en el entorno familiar y su vida laboral. Su combatividad y criterios la convierten en una dirigente natural, más allá de su pertenencia orgánica. Así coincide con Morel que comparte estos criterios desarrollando vínculos afectivos que también son políticos. En esto se repite el viejo aforismo por el cual los revolucionarios primero ganan el corazón para poder acceder luego a la mente. Este cariño tiene que ver con las prácticas militantes y la calidad humana, no con la línea política.

Al mismo tiempo la entrevista permite visualizar el impacto del PRT-ERP a nivel nacional y más allá de sus filas. Por un lado Elsa señala que «la gente, estaba muy tocada por la ida de Pedro». O sea, el militante se había constituido como un dirigente clave en la zona. Pero más aún, había desarrollado lazos políticos y afectivos en la zona, cuando «el Superior Tribunal de Justicia y lo deja cesante a Pedro, y la gente se siente muy mal, muy movida, muy caída. Y qué hace la gente, empieza a hacer una colecta de guita para entregarle al hermano». ¿Por qué el PRT no pudo o supo aprovechar mejor esta acumulación? En parte la respuesta la da Elsa. Por un lado no hubo suficiente tiempo. La realidad es que el período de trabajo en la zona fue corto: no más de tres años. Por otro, si bien había mucha simpatía y prestigio de los militantes, eso no se traducían en una construcción política.

Lo anterior son solo algunas sugerencias e ideas en torno a los contenidos que brindan las entrevistas realizadas. Por supuesto, en todos los casos, es factible que las interpretaciones sean otras. Asimismo, lo relevante no es si las entrevistas son «verdad» o no, sino más bien lo

que sugieren en torno a la historia de una organización guerrillera y lo que esto obliga a repensar de la historia y la sociedad argentina. Las mismas son más que sugerentes, y evocan tradiciones, continuidades, rupturas, sentimientos, o sea historias, por las cuales la guerrilla fue un fenómeno nacional, que abarcó todos los sectores sociales y cuyas raíces se encuentran en el pasado de una sociedad determinada. Así, uno de los elementos notables es que los entrevistados son «gente normal», cuya opción por la lucha armada también fue «normal» en su época.

Bibliografía

- Blixen, Samuel. *Conversaciones con Gorriarán Merlo*. Buenos Aires: Contrapunto, 1987.
- Gillespie, Richard. *Montoneros. Soldados de Perón*. Buenos Aires: Editorial Grijalbo, 1988.
- Hodges, Donald. *Argentina's «Dirty War». An Intellectual Biography*. Austin: University of Texas Press, 1991.
- Kowalewski, Zbigniew Marcin. «La formación del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina, 1963-1972». En: *Estudios Latinoamericanos*, n.º 8: Varsovia: Instituto de Historia, Academia de Ciencias de Polonia (1981).
- Marín, Juan Carlos. *Los hechos armados*. Buenos Aires: CICSO, 1984.
- Mattini, Luis. *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Buenos Aires: Contrapunto, 1990.
- Moyano, María José. *Argentina's Lost Patrol. Armed Struggle, 1969-79*. New Haven: Yale University Press, 1995.
- Necochea Gracia, Gerardo. *Después de vivir un siglo. Ensayos de historia oral*. México, DF: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2005.
- Ollier, María Matilde. *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*. Buenos Aires: CEAL, 1986.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores, ed. *Historia del PRT*. Buenos Aires: Editorial 19 de julio, 1989.
- Pozzi, Pablo A. *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: EUDEBA, 2001.
- Santucho, Blanca Rina. *Nosotros, los Santucho*. Santiago del Estero: Editorial El Liberal, 1997.
- Santucho, Julio. *Los últimos guevaristas*. Buenos Aires: Editorial Puntosur, 1986.
- Seoane, María. *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 1992.
- Waldmann, Peter. «Anomía social y violencia». En: *Argentina, hoy*. México, DF: Editorial Siglo XXI, 1982.